

DIEGOELCIGALA

Diseño cubierta y galleta:
azeta6. Diseño gráfico e Ilustración.
www.azeta6.es

Maquetación interiores:
Agrupación de Servicios de Internet y Prensa-AIE

Textos:
Jorge Fernández Díaz, Juan Cruz, Andrés Calamaro

Fotografías:
Claudio Divella

Depósito legal: M-25634-2010

Distribución en España:
Ediciones El País, SL

Impresión:
Dédalo Offset, SL

2010 CIGALA MUSIC, SL. © 2010 Editado en España por Ediciones EL PAÍS, SL y GRAN VÍA MUSICAL DE EDICIONES, SL bajo licencia de CIGALA MUSIC, SL. © 2010 Ediciones EL PAÍS, SL y GRAN VÍA MUSICAL DE EDICIONES, SL

El contenido íntegro de este libro y el CD que lo acompaña están protegidos por la Ley de Propiedad Intelectual y por el Código Penal. Se autoriza únicamente el uso doméstico de este libro y del CD. Quien reproduzca, plagie, transforme, distribuya, comunique públicamente o alquile la totalidad o parte del libro o de la grabación sin autorización del titular incurrirá en responsabilidad civil y podrá incurrir en un delito tipificado en el Código Penal. Dolby y el símbolo Double-D son marcas registradas de Dolby Laboratories Licensing Corporation.

CIGALA & TANGO
Buenos Aires

A ISABEL, SEGUIMOS PENSANDO EN TI

Diego El Cigala



Diego El Cigala posando frente a la plaza de la República, en Buenos Aires.

Canciones que hacen daño

por **JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ**

Crónica en dos movimientos / [La casa](#)

Diego cantaba “acaricia mi ensueño el suave murmullo de tu respirar” cuando de pronto una lluvia sobrenatural de meteoritos helados ametralló la casa. Miles de trozos de hielo del tamaño de un limón bombardearon Buenos Aires ese domingo de niebla. El granizo destruyó el techo de tejas de la casa victoriana que

Diego había alquilado, reventó los sólidos muebles del jardín y dejó hecho un colador el cristal de la piscina cubierta. El extraño fenómeno no duró más de cinco minutos pero se ocupó de convertir en hojalata retorcida el coche de Juanjo Domínguez, el eximio guitarrista que lo acompañaba en ese ensayo fundacional. El campamento entero de El Cigala entró en zozobra y Rafaelito, su hijo de cuatro años, vino llorando del susto. Cuando el cañoneo cesó, había ruina por varios sitios: en el cuarto del niño lucía un orificio del diámetro del caparazón de una tortuga de las Galápagos, y desde su cama no había más remedio que contemplar las nubes y las estrellas. Alucinado por el azote, Diego preguntó a los locales si esto era habitual en Argentina. “Para nada”, le respondió uno de ellos. “¡Este temporal insólito es por ti, lo ha convocado tu energía, la tremenda energía de lo que estás haciendo en esta casa!”. Diego sonrió entonces con todos los dientes y con sus ojos negrísimos, como si el desastre fuera lo que finalmente fue: sólo un buen augurio.

Al día siguiente, con la casa perforada pero con el ánimo retemplado, comienza el momento más importante en un comedor con consolas, micrófonos y gruesos telones, que los organizadores han convertido en improvisada sala de ensayos. Es un encuentro histórico lleno de tanteos entre dos tradiciones, dos culturas, dos formas de expresar un mismo sentimiento. El Cigala se ha instalado en el centro. A su derecha, abiertos en abanico, tocan sus músicos. A su izquierda, se abren los argentinos al mando de Néstor Marconi: ese bandoneón mágico que blande y dobla con virtuosismo acompañó alguna vez a Goyeneche y a Salgán. Su sabio chelista se llama Diego Sánchez e integra la Sinfónica Nacional; su extraordinario violinista se llama Pablo Agri y es hijo de Antonio, un talento mítico que tocó con Astor Piazzola y Paco de Lucía. Estamos en presencia de la aristocracia del tango argentino, y Marconi oficia esta tarde de gran orquestador. Diego lo llama a cada rato “maestro” y le traduce a su propia formación los ritmos secretos y complejos



Durante la grabación del videoclip de la canción 'En esta tarde gris', realizado en la confitería bonaerense La Ideal.

del tango que Marconi sugiere. El mismo El Cigala utiliza su voz como instrumento, y pone la piel de gallina con sus fraseos altos y sostenidos. Aunque advierte de cuando en cuando, no sin angustia y exasperación, que su voz tiene esta tarde el tamaño de una nuez. Diego está resfriado. Entre el estrés del granizo y la humedad porteña nota que sus cuerdas vocales se fatigan. "Miel, más miel", pide mientras fuma contradictoriamente dos o tres cigarrillos.

En segundo plano, oímos entonces como si fuera por primera vez los versos de Yupanqui, Gardel, Luna, Castaña, Contursi. Las letras le calzan tan a la perfección que parecen haber sido escritas especialmente para él. Tres meses atrás El Cigala comenzó a escuchar día y noche las antologías de tango que le habían regalado en la gira de *Dos lágrimas*, y también a ver en YouTube a los grandes cantores rioplantenses en acción. Fue probando canciones como quien se prueba trajes. Algunas no le iban, le holgaban o apretaban, le resultaban imposibles. Unas pocas le ganaron el alma, lo

tomaron como un espíritu posee un cuerpo ajeno, inerte y gustoso. Las dos cosas: El Cigala se apropió de esos temas y ellos se le metieron muy adentro para siempre. “Elegí sólo aquellas canciones que hacen daño”, me confiesa. Que hacen daño. Que hieren con sus heridas. “Y así seguimos andando curtidos de soledad”, dice un verso. “Y un rayo misterioso hará nido en tu pelo”, dice nostálgicamente otro. “Como perros de presa las penas traicioneras celando mi cariño golpeaban detrás”, describe alguien. “Llora mi alma de fantoche sola y triste en esta noche, noche negra y sin estrellas”, se queja alguno. “Náufragos del mundo que han perdido el corazón”, resume Cadícamo.

Piensa El Cigala que tango y flamenco tratan de lo mismo: pequeñas tragedias humanas que suceden por la noche. Penas de amor que se desahogan cantando o en la barra de un bar solitario que jamás cierra. Dicen los especialistas que el flamenco está en los orígenes del tango argentino, que existe un hilo conductor entre

los tonos andaluces y los versos y ritmos criollos. Son parientes que tomaron distintos caminos, que se alejaron y que hasta hoy parecían antagónicos. Tuvo que venir un artista descomunal desde la otra parte del mundo para juntar a los parientes y demostrarles que siguen siendo familia.

La primera vez que El Cigala escuchó un tango fue de los labios de su tío Rafael Farina. Diego tenía entonces siete años y su tío traía de una larga gira por América, que había hecho junto con doña Concha Piquer, la irresistible costumbre de un tango. “Joder”, dijo el chico boquiabierto al escucharlo entonar aquella ocurrencia de ultramar. Farina también es leyenda. Cuando Diego fue con su madre a verlo al teatro Calderón y descubrió que entraba en el escenario vestido de blanco y cantando “Dame vino, tabernero”, un vendaval le arrasó el pecho. El llamado de la vocación. Algo muy pero muy parecido al enamoramiento profundo. Y desesperante. Porque cuando Dios da un don, da un látigo. Farina murió hace 10 años después de una cirugía

cardiológica. Los médicos decían que tenía “el corazón desgastado de cantar”. Cincuenta años de sostener fraseos de 10 segundos, con subidas y bajadas, le habían limado el motor.

Hoy El Cigala tiene la edad que Farina tenía cuando vino a Buenos Aires. Es extraño cuántas reparaciones históricas y personales enlaza el destino en esta lujosa visita a Corrientes 938, Olivos. También es enigmático por qué razón, teniendo a su disposición tantos barrios suburbanos y tantas calles ignotas de la periferia bonaerense, los gitanos fueron a dar con esa otra calle Corrientes, que no es la misma de *A media luz* pero que guarda el eco indiscrible del gran domicilio emblemático del tango: “Corrientes 348, segundo piso, ascensor, no hay porteros ni vecinos. Adentro, cóctel y amor”.

En esta casa de la localidad de Olivos, atacada por el hielo celestial del domingo, se llevará a cabo casi todo el proceso de encuentro creativo, ensayo, función y pregrabación de una obra nueva.



Andrés Calamaro, El Cigala, y Juanjo Domínguez durante los ensayos previos al concierto, en la casa de la calle Corrientes 938 (Olivos, Buenos Aires).

Porque todo será, día tras día, una carrera contra el reloj: llegar y congeniar los deseos con los arreglos, bajar lo imaginado a la realidad, verse las caras extrañas, practicar con músicos de las distintas orillas un tercer género entre el flamenco y el tango, afiatar el grupo, poner a consideración del público el material y finalmente grabar de un tirón el disco en el templo mayor de la verdadera calle Corrientes: el Gran Rex, a 200 metros del Obelisco.

El gitano llegó con la idea de no tratar de emular a los cantores clásicos. Con la convicción de no abandonar jamás su propio sello. Nunca intentó tanguear los tangos, sino aflamencarlos. Ahora bebe cucharaditas de miel y entona con vehemencia “en su repiquetear la lluvia habla de tí”. Vestido de entrecasa, todo enjoyado, le busca palmas a las canciones transidas de dolor convirtiéndolas en una celebración de la pena, en una gallardía de la tristeza, como si dijera “la vida es dura, tío, pero aquí estamos poniéndoles el pecho a las balas”. En un momento Marconi derrama un solo de bandoneón y a

su lado El Cigala grita: ¡Olé! No hay mayor síntesis simbólica que ese intercambio. Ni todos los fastos del Bicentenario alcanzan para unir tan fuerte a dos países. Remata el fueye (chan, chan) y el gitano vuelve a gritar: ¡Olé! Y a los testigos se nos hiela de nuevo la sangre.

En el ocaso de esta tarde abordan las dos canciones más extrañas del repertorio. La primera es *Youkali*, del compositor alemán Kurt Weill, un tango habanera. “La más difícil de cantar, joder”, advierte El Cigala. Pocos conocen ese tema en Argentina, a pesar de que incluye algunos compases que recuerdan *Libertango*. El Cigala le ha pedido a Marconi que meta dos veces la creación de Piazzola, y por lo tanto suenan dos temas en uno y esa mixtura nos deja a todos sin aliento. “Qué gozada”, exclama Diego. “Qué gozada”.

Después se dedican al tema de *El Padrino*, que El Cigala y Marconi convierten lisa y llanamente en un tango romántico. Diego me mira con sus ojos relucientes, convertido en un morocho del

arrabal. Ese arrabal puede quedar en el Abasto o en Lavapiés. Da igual, es arte plebeyo, hondo y excelso, y eso es lo que importa.

Marconi habla con Jumi, pianista de El Cigala, quien sufre más que nadie la cascada de los acordes tangueros puesto que éstos se tocan en otro tiempo y de otra manera. Ese virtuoso pianista catalán trabajará más que ningún otro para comprender los laberintos internos de la música rioplatense. Practicará todo el santo día, imitará a cada rato el acento porteño y finalmente bromeará diciendo que está embarazado de argentinidad.

El maestro pide repasarlo todo de nuevo, como si estuvieran en el escenario, y realmente tratan de hacerlo aunque van tropezando con algunos problemas. Ya no hay miel suficiente para la voz de El Cigala; deciden dejar las cosas como han caído y se van todos a picar algo al *living*. “Es necesario dejar un poco librado al momento

y al azar”, sostiene uno de ellos. “Porque si todo es mecánico se vuelve aburrido”. Se ve que la música, como el amor, está más viva en la incertidumbre.

Sucedan enseguida unas horas de anécdotas y risas, pura distensión. Mientras los hombres juegan y ríen con las historias, las mujeres manejan silenciosamente todo. Amparo, la esposa de El Cigala, y Janette, su mano derecha, mueven la rueda en bambalinas y mandan con limpia sutileza sobre los asuntos pragmáticos: la comida, el transporte, los contratos, la infraestructura; el esqueleto que sostiene el barco donde el capitán navega sin otras preocupaciones que el horizonte y la brisa engañosamente mansa del mar.

Sirven *pizza* y pinchos de salame y queso, y escucho que Pablo Agri me dice en un murmullo: “Este tipo tiene una voz increíble, puede cantar en cualquier tono y nivel”. Su jefe y mentor cuenta cómo y dónde se conocieron. Jamás había oído hablar de El Cigala ni había escuchado



Diego, acompañado al bandoneón por Néstor Marconi, durante el rodaje de un videoclip en la centenaria confitería La Ideal.

ninguno de sus discos. Cuando lo llamó desde España, el “maestro” pensó que se trataba de un veterano cantaor de tabla. Le prestó atención porque Diego pronunció la contraseña mágica: “Menotti”. El ex entrenador de la selección argentina de fútbol, César Luis Menotti, es un amigo en común que tienen el maestro y el cantante. El Flaco le dijo en Madrid a El Cigala: “Si quieres hacer tango en Buenos Aires llámalo a mi amigo Néstor Marconi”. Dicho y hecho. Diego le envió por *e-mail* cinco canciones grabadas con su grupo y Marconi le armó a su alrededor una estructura musical con arreglos de dos por cuatro.

La conversación deriva en un doloroso informe de daños. Un inventario de malas noticias sobre tangueros y roqueros argentinos que todos quieren: heridos, enfermos, adictos en recuperación. Es como si hablaran de las llagas del oficio. Gente sensible que vive sin traje de amianto, que se quema viva en su propio arte, y que a veces busca analgésicos mortales. Luego se van de esos abismos y hay risas y anécdotas. El mundo puede dividirse en clases sociales y en

países ricos y pobres. Pero también existen patrias transversales como el fútbol, la literatura y la música. Hay particularmente una patria nocturna, melancólica, irónica y doliente donde se lamenta el flamenco, gime el blues y rezonga el tango. En esa patria, El Cigala, Gardel, Marconi y Calamaro son hermanos de la vida.

Llega Rafaelito, y El Cigala asegura que el niño canta de punta a punta *Garganta con arena*. De tal palo, tal astilla. Diego lo tuvo en el regazo mientras vocalizaba algunas canciones durante el ensayo de la tarde. Y Andrés Calamaro jugará con él largo rato al día siguiente en esa misma casa, a la que asiste siempre con un vino argentino bajo el brazo. Calamaro es una especie de primo hermano de El Cigala. Le gustan los toros y los tablaos. Encaró hace poco su propio disco de tangos con ayuda de Juanjo Domínguez, y se planta como un clásico en el rock nacional, que muchos ven como la continuidad del tango y la canción ciudadana. Calamaro ha escrito tangos sin saberlo: “Flaca, no me claves tus puñales”, “La vida es

una cárcel con las puertas abiertas” o “Sentiste alguna vez lo que es tener el corazón roto... Ella no va a volver y la pena me empieza a crecer adentro”. Y El Cigala viene de grabar con él en Madrid una rumba al estilo Los Rodríguez.

Dos días después de esta tarde, Calamaro saldrá a un escenario de Córdoba para hacer con Diego la milonga *Los hermanos* de don Atahualpa y le dará luego una sorpresa a El Cigala subiendo de repente a Rafaelito para que bata palmas y cante algunos versos de *Sus ojos se cerraron*. Esa broma temeraria, que descolocó un poco a su padre, será una bisagra en el debut: hasta entonces todo había sido nerviosismo, seriedad y contractura. Después todo resultará diversión e intensa felicidad, y ovación interminable.

Fue también Calamaro quien tendió el puente entre Diego y Juanjo Domínguez. Juanjo acompañó durante años a Roberto Goyeneche. Una vez un empresario uruguayo contrató al Polaco para que tocara en Mon-

tevideo con su orquesta. Cuando fue a recogerlo al aeropuerto vio que Goyeneche bajaba del avión sólo con Juanjo y su guitarra. Sorprendido, el empresario preguntó al cantor dónde estaba la orquesta. Y entonces Goyeneche señaló a su guitarrista y dijo: “Juanjo es la orquesta”.

En el abarrotado Teatro del Libertador, El Cigala presentará a Domínguez como un “genio”. Un genio de las cuerdas y el diapasón. Y el público lo aplaudirá a rabiar. Pero eso ocurrirá en su momento, por ahora estamos en Olivos, se ha hecho de noche y los tangueros se acaban de marchar. Quedan descansando los españoles, salvo Jumi que se pone al piano a realizar sus duros ejercicios. “Yo soy músico de alma, no leo partituras, y entonces debo aprenderme de memoria cada detalle de todo esto”, me dirá sin concesiones.

El Cigala me cuenta que él se va a la cama todos los días a las doce en punto, y que duerme 10 horas sin parar. Se cuida mucho la voz. Necesita estar descansado y alegre para la faena. Llegamos a la puerta

y me habla de Ricardo Darín. Ha visto sus películas y le parecía hasta ahora, como sus personajes, un sujeto serio y amargado. Intimidante. Otro amigo común llevó a El Cigala al barrio de Palermo la otra noche. Barrio de Borges y de antiguos cuchilleros, devenido hoy en una feria de arte, moda y vanidades. Darín bajó el cristal de su coche y les lanzó una broma. Fue sólo el comienzo. El actor es, en realidad, un bromista serial, un tipo encantador. Diego le pidió que actuara en el videoclip del primer corte del disco, y Ricardo le arrancó a cambio la promesa de que el gitano pondría su voz para un proyecto cinematográfico en el que está metido. Trato hecho, y copas y más chistes. Ninguno de esos sueños irrealizables se llevará a cabo; son esa clase de planes entusiastas que se tejen en una amistad nocturna y que se destejen con la luz del día. Piropos mutuos, sin consecuencias, entre dos artistas que se admiran.

En ese epílogo de los umbrales pasa un asistente y El Cigala lo mira a los ojos: “No me fallarás esta noche, ¿no?”, le pregunta. El asistente le jura que no. Juegan antes de dormirse un largo rato al FIFA 2009

en la Play Station. Diego es fanático del Madrid y del Boca. Me retiene un segundo más y conversamos sobre su madre. “Ella canta mejor que todos, tan bien como su hermano Rafael Farina”, confía. “Algún día me gustaría tenderle una trampa. Llevarla con excusas al estudio de mi casa y pedirle que me cante un fandango, y grabarla sin que se dé cuenta. Y después acoplar mi voz con la suya. ¡Porque si le digo la verdad me corre con la escoba!”

Nos abrazamos. Miro desde la vereda la casa atacada por los meteoritos de hielo. Todavía se siente una cierta vibración laboriosa. Vive adentro una extraña y fascinante familia gitana de músicos inspirados. Pero sé que en poco tiempo comenzarán a apagarse una a una todas las luces de Corrientes 938. Y recuerdo en este preciso momento una respuesta que Diego El Cigala me dio cuando lo llamé hace unos días y le pregunté qué sentía frente a este desafío. Le pregunté con la cabeza y él me respondió con el corazón: “Estoy acojonado, primo. Acojonado”.

Crónica en dos movimientos / El teatro

Faltan 40 minutos para la hora de la verdad y Diego se ha encerrado en su camerino a llevar a cabo los rituales previos. Estamos a puertas cerradas, y noto que El Cigala anda nervioso. Durante la prueba de sonido de hace un momento se ha fastidiado por pequeñísimos desarreglos, y ahora se pasea descal-

zo frente a los espejos encendiendo cigarrillos y peinándose obsesivamente la larga cabellera negra. Bebe sorbos cortos de un vaso de whisky mientras Amparo le plancha amorosamente la camisa. Y calienta su voz: “Desde mi triste soledad veré caer las rosas muertas de mi juventud”. Es fácil adivinar que a pesar de tanta experiencia tiene una viga clavada en la boca del estómago. Está por suceder algo verdaderamente escalofriante: el torero saldrá al ruedo frente a un público culto y experto en tangos y le plantará, cara a cara, su versión sobre los clásicos, y eso ocurrirá mientras se graba enterito y de una vez un disco que quedará para siempre y que no puede tolerar errores. Habitualmente, los músicos interpretan en vivo su pasado, los temas ya probados por ellos mismos. Este músico excepcional eligió interpretar en vivo su futuro, y hacerlo en un género ajeno, con músicos recién conocidos, en un país remoto y con sólo 15 días de preparación. Un triple salto mortal sin red. El toro de lidia más peligroso del mundo.

Sé cómo es el proceso mental que está utilizando en este instante porque al final del *show* él mismo me lo revelará. Está tratando de olvidar las canciones, las obligaciones, el desafío. Y está buscando con un gesto que el Morao toque un tema de flamenco puro, un rezo laico y conmovedor. Su guitarrista no se hace desear. Y el jefe bate palmas y hasta taconeá, y canta unos versos que mencionan a piratas y contrabandistas en el peñón de Gibraltar. De pronto la bulería toma todo el camerino y ya es una íntima fiesta gitana. Y Diego se ríe de nuevo y me cuenta su visita a la cancha del Boca. Sucedió imprevistamente el domingo pasado. Fue con sus músicos y compró gorritos azules y amarillos, y una trompeta con la que asustaba a sus acompañantes a cada rato. El Boca ganó 2 a 0 gracias a Juan Román Riquelme, y Diego pisó el césped y cantó “es un sentimiento no puedo parar”. Y leyó esa increíble leyenda: “La Bombonera no tiembla, late”. “Luego me comí dos choripanes, fue una gozada”, me dice y es como si el reto de esta noche ya no existiera.



El Cigala interpretando uno de los temas ofrecidos en el concierto celebrado en el teatro Gran Rex de Buenos Aires.

Lo dejo tranquilo unos minutos para deambular por ese laberinto de trastienda donde hay una sorpresa en cada camerino. Juanjo ni siquiera templa su guitarra criolla fabricada en Tokio: la tiene guardada en espera. Es un Buda tranquilo, vestido de civil. “Lo escuché en *Lágrimas negras*, Diego es un cantante extraordinario”, me dice el hombre que acompañó a los dioses del canto. A pesar de ser tan distintos, tienen el mismo código musical, una afinidad inexplicable. “Me preocupa la seguridad de Juanjo”, decía El Cigala en los ensayos. Domínguez es, como Bach y Chopin y tantos monstruos del jazz, un improvisador nato. “Todas las veces que toqué con él lo hice de manera distinta”, revela sin pestañear. “Es como una conversación sobre los mismos tópicos. En el fondo hablamos siempre de lo mismo, pero cada vez lo hacemos sutilmente diferente. Yo no sé qué arreglos haré esta noche. Y El Cigala tampoco puede saberlo. Ahí radica toda la magia”.

Viene hasta allí el eco de los juegos que hace Marconi con su bandoneón. Charlamos un poco de *Naranja en flor*. Hace tres días

filmaron con Diego un videoclip en la planta alta de La Ideal, una confitería que tiene casi 100 años y en cuyo salón superior se enseña a bailar tangos y funciona como una milonga. Un sitio de *vitreaux*, arañas enormes y escaleras de mármol, donde tomaron café Maurice Chevalier, María Félix, Dolores del Río, Vittorio Gassman y Robert Duvall, y donde se filmaron partes de *Tango*, de Saura y de la *Evita*, de Alan Parker y Madonna. Mientras esperaban, entre toma y toma, el maestro le tocaba los compases de *Naranja en flor* y El Cigala tarareaba con suave deleite la gran canción de los hermanos Expósito: “Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento... Perfume de naranja en flor, promesas vanas de un amor que se escaparon con el viento”. Yo le había preguntado al oído si no se arrepentía de no haber incluido aquel tema en su repertorio. “Sí que me arrepiento”, me respondió El Cigala en La Ideal. “Podría ahora mismo meterme a practicarla, pero en tres días no puedo apoderarme de ella, ¿sabes? Necesito más tiempo. Lo haré más adelante”.

Ahora Marconi, que le había dicho “esta canción está hecha para ti”, me confiesa en su camerino que en dos semanas ha hecho con Diego una amistad profunda, como si se conocieran de toda la vida. “Es un chico de barrio y a la vez un bohemio, yo puedo estar cansado pero cuando él aparece se enciende todo”, me asegura. Lo que más valora de su interpretación es que El Cigala no quiera cantar como Julio Sosa o Gardel.

Entiendo: muchos grandes artistas se equivocan en este punto; incluso varios genios de la música clásica quisieron tomar las formas de Salgan, Troilo o Mores y no lo lograron del todo. El Cigala le pelea al tango un duelo, lo vistea, le da estocadas y le entra al bulto con su propia espada, sin imitaciones, sin falsificar el arte. Creando un arte nuevo y puro, una gema. Para hacer eso, como en la literatura, hay que saber arrojarse a la piscina corriendo el riesgo de que esté vacía, jugándose todo a suerte y verdad. Y salir airoso. Veremos esta noche si lo logra.

Casi me llevo por delante al Morao, que ahora practica en un rincón. “Eres un genio, Morao”, le digo con sinceridad. “No, qué va”, rechista. Recuerdo en ese punto que, mientras se filmaba el lunes anterior aquel videoclip, tuve el impulso de tomar algo en un café de Suipacha y Corrientes con el Morao y su amigo Yelsi, el contrabajista cubano que acompañó a Bebo Valdes. El Cigala les está produciendo sus respectivos discos solistas. En el disco del Morao interviene Paco de Lucía. El guitarrista viene del sur de España, del flamenco tradicional y depurado, y conoció a Diego en Francia, durante un festival: hubo química de inmediato y ya pasó a formar parte de su familia. Yelsi nació en Guantánamo, e investiga los senderos del flamenco de ida y vuelta entre España y Cuba. Me cuentan que Yumi tiene un sonido brillante y percusivo; tampoco el pianista catalán es mimético: se compromete mucho en la música pero siempre con su propio estilo. Sabú es el percusionista: nació en Badajoz y tiene el salvajismo y la técnica de los grandes. Perteneció a una familia de percusionistas que es toda una institución en

la república del flamenco. “Los cuatro la pasamos muy bien en el geriátrico”, bromea Yelsi. Le llama así a ese monasterio del conurbano, Corrientes 938 (Olivos), donde los músicos y los familiares de El Cigala se confunden en una misma cosa: “Diego no hace diferencias y cuando llega a cualquier ciudad y un ricachón lo invita a cenar con su esposa, El Cigala pregunta: ‘¿Y mis músicos? Si no van ellos, no voy yo’. Es un gran anfitrión, un amigo de verdad”.

Lo que más les preocupaba era ganar confianza en los ensayos, llegar a ese estado de coordinación total en la que ya se empieza a jugar con la música. Y admitían que Calamaro había resultado esencial para tranquilizarlos a todos, un vértice para que el grupo entre argentinos y españoles ganara humor y complicidad. Se tocaban el corazón cuando hablaban de Andrés. Y luego Yelsi decía en Suipacha y Corrientes: “¿Pero recuerdas *Sin documentos*, Morao? ¡Era una rumba flamenca! Ahora está de moda pero él la escribió hace 15 años”. Y se pusieron allí mismo a tocar y a cantar trocitos



El guitarrista Juanjo Domínguez, El Cigala y Néstor Marconi en un momento de la actuación celebrada en el teatro Gran Rex.

de esa ocurrencia poética: “Quiero ser el único que te muerda la boca”. Todos los clientes de aquella tarde los espiaban con asombro y alegría.

Estamos de nuevo en la noche crucial, y Calamaro llega a las entrañas del Gran Rex con su bella mujer, la actriz Julieta Cardinali, y su pequeña hija, que busca rápidamente a Rafaelito para jugar. Julieta y Amparo comentan que hay unas fotos muy comprometedoras donde los niños aparecen cándidamente abrazados, como dos enamorados en miniatura. Es muy extraño verlo a Andrés de chaleco, camisa y corbata. Se abraza con El Cigala. Caminan abrazados por el corredor. Andrés está tranquilo. Hablamos relajadamente de las poéticas del tango y del rock. Es un verdadero entendido, y Diego era su ídolo mucho antes de conocerlo en persona. Una vez, hace años, vio en un *show* al Niño Josele con El Cigala y sintió que tenían el mismo poderío y carisma que los Rolling Stones. Luego alguien los presentó y se hicieron carnales, como dicen en México. “Diego es un cantante

extraordinario, con cualidades que exceden el *standard* del cante flamenco”, opina con ojo de crítico. “Tiene una gran importancia esta aventura de El Cigala con la música rioplatense y criolla. Diego es dueño de un fraseo, una afinación y un caudal vocal que lo hacen un elegido entre todos los cantantes del mundo”. ¿Qué te une a El Cigala, Andrés? “Me une la amistad, el afecto genuino, el respeto, la familia y la música”, responde, y se detiene. “El destino, quizás”.

Me entero por un técnico que hace rato abrieron las puertas y que la gente ya ocupó sus butacas. El Gran Rex está lleno y espera. No tiembla, pero late. Siento, inexplicablemente, que el corazón se me salta del pecho, y percibo que tengo las manos frías. Es increíble. Estoy muerto de miedo. Supongo que es porque he visto la cocina, donde los fallos son detectados a cada rato y se detienen las canciones, como desinfladas. Supongo que acceder a la cocina del asunto revela mucho más los peligros que existen y la vulnerabilidad real de los artistas. Recuerdo que Norman Mailer

estaba aterrado cuando Mohamed Alí salió a pelear con Foreman. Era porque Mailer había visto de cerca al gran campeón, pero sobre todo porque íntimamente había tomado partido por él.

Hay una serie de movimientos rápidos, y los músicos se acomodan detrás del piano, la guitarra, el cajón y el contrabajo. Las grabadoras fueron encendidas, las cámaras listas, los micrófonos abiertos. Diego le da un abrazo eléctrico a Marconi, avanza hasta el borde del escenario, se corre el telón, y en ese último segundo, todavía en sombras, Diego recibe un vaso de agua de Amparo, bebe un trago y la besa, y sale a la arena con los ojos muy abiertos.

Ruge el público al verlo. El año pasado, en los bises, El Cigala hizo en este escenario *Garganta con arena*, y se dio cuenta luego de que ese *souvenir* de última hora era una inesperada simiente. Ahora retoma en el mismo sitio la misma canción, como si la música fuera un solo río y los discos continuaran naturalmente uno en el

otro. Rafaelito, oculto por el decorado, contempla en primera línea cómo su padre se rompe en ese lamento cantado que se sabe de memoria. Irrumpen los primeros aplausos y atruenan en el final. Veo que Diego sonrío y respira hondo. Me confesaré luego que en ese resoplo simulado se le ha ido definitivamente el susto. Ya no tiene la viga en el estómago, sólo tiene fría calentura de matador.

Sobrevienen entonces ráfagas de talento, imágenes galvanizantes. Juanjo improvisa una introducción, pellizcando la guitarra y arrancando alaridos. Calamaro desata marejadas de amor local. Esa clase de amor que todo lo pide y todo lo perdona. Marconi con su trío se suma al grupo de El Cigala: parecen una filarmónica, una máquina de hacer pájaros, un extraño y monumental artefacto musical plagado de ideas y sonidos mezclados, donde confluyen varias culturas y juegan, y se rodean y se reproducen. Diego pone los énfasis en otros lugares muy distintos a los habituales del tango, como si le emocionaran otras cosas. Pasa por encima de

los accidentes geográficos consabidos, y descubre picos y cumbres y laderas donde no estaban. No resalta los mismos versos que conmovían a Gardel, Goyeneche y los demás fantasmas ilustres. Sin embargo, esos fantasmas lo acompañan silenciosamente esta noche histórica en el Gran Rex. Las canciones de siempre se transforman de esa manera en canciones flamantes, y el público se entrega a ellas con devoción. Diego los tiene literalmente hipnotizados. Tango y flamenco están amalgamados y unidos, los parientes lejanos se han reencontrado después de más de 100 años de soledad. Y la gente corea algo que sólo le dedican a Maradona. Corean una y otra vez: "Olé, olé olé olá, Diego, Diego".

El Cigala no se hace rogar, regresa varias veces para los bisnes, donde agrega algunos pasajes de sus anteriores obras. El entusiasmo es tan grande que ahora varios músicos improvisan. Agri se desvive en el escenario sacándole brillo con sus golpes de violín a *Nieblas del riachuelo*. Salen y vuelven a salir todos juntos, abrazados, incli-



Juanjo Domínguez, Diego El Cigala, Néstor Marconi y Pablo Agri, tras finalizar un tema del concierto celebrado en el Gran Rex.

nándose hacia adelante ante las palmas y los gritos, y las toneladas de admiración y afecto. Con las luces encendidas, son un espectáculo aparte esas caras brillantes de quienes fueron amados por este embrujo, por este cante jondo canyengue.

Se cierra definitivamente el telón y los técnicos de grabación levantan sus pulgares. El Cigala entra en la oscuridad de las bambalinas, y por un momento resuella solo, como fuera de este mundo. Me mira sin mirarme con ojos nublados. Está volviendo en sí, le está literalmente regresando el alma al cuerpo. Después hay abrazos y más abrazos, y los músicos tienen una excitación inédita. Sabú muestra a una cámara sus manos. “Lo hice con éstas”, le grita. “Con este dedo, y con éste, y con este otro”. Muestra las falanges como si valieran oro. Y no exagera, valen eso. Luego Diego aparece y se agarra el corazón con las dos manos: “Tengo que contarte alguna vez lo que es la música”, me dice enigmáticamente. Camina hasta su camerino y Sabú y el Morao lo siguen en puntas de pie

imitándole al jefe ese modo torero de andar. Es una travesura que se permiten a sus espaldas, ahora que ha terminado la corrida y que han sacado al matador en andas por la historia del tango.

Se está acabando la noche. Ya tenemos la confirmación de que aquella lluvia sobrenatural de meteoritos helados que azotó Corrientes 938 (Olivos) era el aviso y la profecía de que algo grande y bueno estaba por suceder. Sucedió finalmente, y aquí estamos todos para el brindis del epílogo. Hay champán, fotos y risas. Diego me dice que en el último minuto siempre piensa lo mismo: “Anda, Cigala, sal y canta”. Si hay corazón y honestidad artística, y la voz tiene el tamaño adecuado, la noche saldrá bien.

Le recuerdo esas canciones que hacen daño. “Sólo eso tenía hace 15 días, primo”, me dice. “Venía con ese puñado de temas que hacen daño, y nada más. Hace 15 días no tenía nada. Nada”. Y ahora lo tiene todo.



Diego en un momento del rodaje del videoclip correspondiente al tema 'En esta tarde gris', filmado en la calle Corrientes de Buenos Aires.

CIGALATANGO

por **JUAN CRUZ**

Hay algo muy especial en Diego El Cigala. Ahora lo veo haciendo música con su mechero, sobre la caja de cartón en la que guarda el tabaco. El pelo está ensortijado, como siempre, y su mirada vuela como un murciélago feliz. Tararea. Siempre tararea. Está aquí, esto es Casa Patas, su disco anterior, *Dos lágrimas*, ya está encaramado en el éxito que haría feliz a los cantantes, pero él

está dibujando, en las volutas de humo que provienen de su boca o de la música, un nuevo proyecto, una ambición distinta, como si cantar fuera una imposición del alma, y siempre diferente. Lleva esas camisas blancas o volanderas que en su cuerpo delgado parecen más bien los alimentos del vuelo de una paloma, o de un palomo fiero cuyos ojos estuvieran siempre escrutando la oscuridad de la noche, o del alma. Ahí está, hablando, y nosotros creemos que habla mientras come jamón o queso y deja a un lado el pan como si aún no estuviera bendito. Está dibujando en medio de aquel salón de sillas de madera lo que se parece a un sueño; y de pronto se levanta y me dice al oído, como si acabara de recibir una revelación grandiosa, el suspiro de un silencio: “Me voy, tío, me tengo que ir, qué urgencia más tonta. Me ha venido como una canción”. Hay en Diego como una voluntad permanente de volar en busca de un azar, al encuentro de una necesidad que le dicta el alma. Al día siguiente le pregunté: “¿Y qué te vino?”. “Tío”, me dijo, “tío, me vino un tango”.

Desde que hizo de sus casualidades con Bebo Valdés el milagro de las *Lágrimas negras* hasta este mismo instante en que el tango se le mezcló con el humo de su alma, El Cigala que tengo delante ha viajado como viajan las corrientes de aire, ensanchando siempre la respiración de la vida. Y, claro, en ese viaje se tenía que encontrar con el tango, que es como el espíritu encerrado en una mano, o en dos pies, o en un baile agarrado a la esperanza de no ser soltado jamás por la inspiración que está habitada por el amor. El tango es amor y azar al mismo tiempo, y por eso es orden y búsqueda, un azar raro, gobernado por el sentimiento y por el rigor. Y eso es El Cigala: sentimiento y rigor, casualidad y aventura. Cómo, entonces, no se iba a encontrar con el tango esperándolo en una esquina de la noche.

Claro, para hallarlo, para hallar esa inspiración, como le pasó a Jorge Luis Borges, o como le pasó a Julio Cortázar, o como le sucedió a Tomás Eloy Martínez, o como le sucedió a Alfonsina al borde del mar,

El Cigala tenía que estar solo, y voló aquella noche, y siguió volando, hasta posarse, otro día, a otra hora, con el rostro feliz de haber encontrado en la nada de las calles y de las noches el tono del tango, su íntima pregunta: para qué sirve la vida si la vida no se canta. Él no lo sabía entonces, y acaso no lo sabe, pero en sus manos huesudas y como azules de tan morenas, y en sus ojos grandes y negros y blancos como la camiseta que ama, hay algo que es el resultado de una combinación espiritual pero imposible: ahí está el ritmo interior, cansado, de Eduardo Falú y la mirada sin tiempo de Atahualpa, y la mirada sin brisa de Jorge Luis Borges. Está, en definitiva, el espíritu del que nace la melancolía argentina, cuyo pasado es también el pasado preciso de la melancolía. De todo ese revuelto infinito, en el que hay estancias, carne y soledad, nació el tango, y se metió en las venas del mundo; ahora esas venas pasan por Diego El Cigala. No es extraño.

Cuando ya el tango le atravesó la garganta y pasó a formar parte de su suspiro (esa lenta agonía de la palabra hasta que

se hace vida) le vi otra vez comiendo *marmitako*. Es interesante cómo crecen los recuerdos, cómo se van haciendo en la cabeza de los hombres, siempre a partir de la circunstancia; aquella vez, cuando celebrábamos que *Dos lágrimas* había sido como una mano en el corazón de sus sentimientos heridos (heridos por la ausencia de una amiga, Isabel de Polanco), tomábamos finos de Jerez y comíamos lonchas muy finas de un jamón no célebre, un jamón cualquiera que había sido ahumado con cierta desgana en unas sierras rozadas por el verano; pero aquí estábamos ateridos de frío y Diego y Amparo necesitaban la calentura del *marmitako*, y ahora siempre que me vienen a la mente el tango y El Cigala aparece sobre mi cabeza el recuerdo cálido del *marmitako*. Hasta el punto que siempre que me ha llamado desde entonces, para decirme cómo sigue la travesía del tango, me explica al teléfono:

-Oye, que nos vemos y nos comemos un *marmitako*.

En aquel mediodía friolento de Madrid, Diego hizo algo que parece un milagro, y que luego comenté con mi compañero Jorge Fernández Díaz, que ha escrito el bellissimo reportaje que precede a estas líneas mucho más torpes. Le decía a Jorge de qué manera, sobre aquel mantel de tela, rodeados de vino blanco y restos de pan gallego, El Cigala dibujó el disco como si estuviera cantando. Discutimos en algún momento sobre el título que iba a ponerle al conjunto de las canciones, es decir, a su intervención noble y ahora ya inolvidable en el universo oscuro y bello y misterioso del tango. No sé quién dijo que tendría que llamarse así:

CIGALATANGO

Entonces Amparo empezó a paladear el nombre, y lo decía. El Cigala también lo dijo, y lo paladeó, pero él entonces estaba más con la música que con los nombres de la música. Tenía, ese día, que era lunes, la garganta de arena, y había una emoción especial en su



El Cigala y Néstor Marconi durante el rodaje del videoclip Esta tarde gris, en la cafetería El Ideal. Junto a ellos, los bailarines de tango Pablo Verón y Yamila Ivonne

evocación del tango más duro, o el que a mí me parecía más difícil, más íntimo, más relacionado secreta o abiertamente con ese monumento sentimental que se llama *Dos lágrimas*. Qué más da, dijo Diego, lo importante es que el disco comunique esta pasión en la que se juntan el tango y el flamenco; como si estuvieran bailando juntos, eso dijo El Cigala, y siguió degustando un *marmitako* que parecía un homenaje al calor que la comida le da al recuerdo del hambre.

Jorge dice, cuando recuerda su encuentro con El Cigala en Buenos Aires, que el flamenco se hizo enseguida con el ámbito que le recibió allí, antes de actuar en el Gran Rex, cuyo resultado es este disco. No conocía a los músicos, los vio allí por vez primera, y de pronto Diego ya era de ese lugar, como el sonido del tango. Aquel mediodía del *marmitako*, Diego dibujó ese encuentro futuro, como si lo hubiera previsto en un sueño que fue, quizá, el que aquella noche le arrancó de Casa Patas y lo puso a caminar por

Madrid como si una luz tenue, la luz de Alfonsina, o la luz del río, le estuviera llamando por llanuras que ahora él ha convertido, de pronto, en el sonido de un alma que fue el alma que por primera vez dijo un tango. Cuando me hablaron él y Amparo del disco que iba a hacer Diego le pregunté a El Cigala si en ese disco tenía previsto incluir *Sus ojos se cerraron*. Y entonces este hombre que parece atesorar en su voz el alma y el orden, el desorden y el sueño, comenzó a cantar esa versión herida, ese monumento de soledad sonora sonando, y desde entonces no puedo pensar ni en la melancolía ni en la tristeza ni en la ambición de la compañía sin encontrarme en el recuerdo y en la vida con la imagen de Diego parando la noche y diciendo: "Juan, que se me ha venido un tango, que tengo que ir a buscarlo".

Lo encontró, y aquí lo tienen, como un sentimiento que llevara en la mano con la que se acompaña los sueños que canta.



Andrés Calamaro junto a un sonriente El Cigala, en la casa de Olivos, durante un momento de los ensayos previos al concierto.

Porque el arte es él

por **ANDRÉS CALAMARO**

Hay experiencias que hay que vivir antes de... vivir
sencillas, profundas, epifanías que nos demuestran la existencia de
lo divino
de lo corriente
y de lo infrecuente
...

podemos tener una servilleta firmada por Salvador Dalí
 o el aliento de Carlos Gardel en una botella
 o el silencio de Thelonious Monk
 o el duende ...
 podemos comer pollo con sidra en Casa Mingo, quizás algunos
 puedan conseguir mesa en elBulli, la mayoría ya comieron *pizza* en
 el cuartito y muchos comimos el mejor asado de nuestra vida
 el arte en las pequeñas grandes cosas y... el arte

a veces el arte se nos presenta
 con el sentimiento...
 algunos escucharon a Gardel en un cabaret de París
 o a Troilo, en uno de Buenos Aires
 con Piazzola en bandoneón y escribiendo arreglos
 y en los setenta alguien escuchó a Camarón en la isla
 o a Cab Calloway en el Cotton Club en los cuarenta
 a Coltrane, a Zidane y a Messi

porque

es como si existiera una única botella de vino en el mundo
 una sola y de muy buen vino
 y la fuéramos a abrir...
 ahora mismo y tomarla entre todos
 y que no falte ni sobre

porque hay alguien que a una canción la firma "picasso"
 porque hay instantes que trascienden en la historia de la música
 y son días importantes en la historia de la humanidad
 pequeños enormes momentos
 y ahora vamos a formar parte de un momento que vamos a recordar
 una herencia que un día compartiremos con los hijos y los nietos
 (que se está grabando para un disco en vivo)

porque todo lo que canta lo convierte en magia
 porque todas las palabras del diccionario no me alcanzan
 porque tiene arte porque el arte ES ÉL
 tiene flamenco, tiene fraseo, tiene afinación, tiene sentimiento
 tiene más palabras que todavía no se inventaron
 canta una canción y la firma "picasso"
 canta una canción y la firma...
 (y aplaudimos fuerte la alegría de vivir este momento de gracia de
 la música y el canto!!!)
 de Diego "El Cigala"...
 el gorrión de París
 el Pelé y Maradona de Lavapiés
 y por eso está en primera fila sentado el maestro Horacio salgan
 y al lado el maestro Mariano Mores, y por eso estamos todos
 aplaudiendo
 el arte único de ...
 EL DIEGO QUE CANTA EL TANGO COMO NINGUNO



Diego en un momento de un concierto celebrado en La Plata, previo al del Gran Rex, en presencia de Andrés Calamaro y Rafaélito, hijo de El Cigala.

GARGANTA CON ARENA

Ya ves,
el día no amanece,
Polaco Goyeneche,
cántame un tango más.

Ya ves,
la noche se hace larga,
tu vida tiene un Karma,
cantar, siempre cantar.

Tu voz,
que al tango lo emociona
diciendo el punto y coma
que nadie le cantó.

Tu voz,
de duendes y fantasmas,
respira con el asma
de un viejo bandoneón.

Canta
garganta con arena,
tu voz tiene la pena
que Malena no cantó.

Canta,
que Juárez te condena
al lastimar tu pena,
con su blanco bandoneón.

Canta,
la gente está aplaudiendo,
y aunque te estés muriendo
no conocen tu dolor.

Canta,
que Troilo desde el cielo,
debajo de tu almohada
un verso te dejó.

Cantor,
de un tango algo insolente,
hiciste que a la gente
le duela tu dolor.

Cantor,
de un tango equilibrista,
más que cantor artista,
con vicios de cantor.

Ya ves,
a mi y a Buenos Aires
nos falta siempre el aire
cuando no está tu voz.

A vos,
que tanto me enseñaste,
el día que cantaste
conmigo una canción.

LAS CUARENTA

Con el pucho de la vida apretado entre los labios,
la mirada turbia y fría, un poco lerdo el andar,
dobló la esquina del barrio y, curda ya de recuerdos,
como volcando un veneno esto se le oyó acusar.

Vieja calle de mi barrio donde he dado el primer paso,
vuelvo a vos, gastado el mazo en inútil barajar,
con una llaga en el pecho, con mi sueño hecho pedazos,
que se rompió en un abrazo que me diera la verdad.

Aprendí todo lo malo, aprendí todo lo bueno,
sé del beso que se compra, sé del beso que se da;
del amigo que es amigo siempre y cuando le convenga,
y sé que con mucha plata uno vale mucho más.

Aprendí que en esta vida hay que llorar si otros lloran
y, si la murga se ríe, hay que saberse reír;
no pensar ni equivocado... ¡Para qué, si igual se vive!
¡Y además corrés el riesgo de que te bauticen gil!

La vez que quise ser bueno en la cara se me rieron;
cuando grité una injusticia, la fuerza me hizo callar;
la experiencia fue mi amante; el desengaño, mi amigo...
¡Toda carta tiene contra y toda contra se da!

Hoy no creo ni en mí mismo... Todo es grupo, todo es falso,
y aquel, el que está más alto, es igual a los demás...
Por eso, no has de extrañarte si, alguna noche, borracho,
me vieras pasar del brazo con quien no debo pasar.

EL DÍA QUE ME QUIERAS

Acaricia mi ensueño
el suave murmullo de tu suspirar,
¡como ríe la vida
si tus ojos negros me quieren mirar!
Y si es mío el amparo
de tu risa leve que es como un cantar,
ella aquieta mi herida,
¡todo, todo se olvida..!

El día que me quieras
la rosa que engalana
se vestirá de fiesta
con su mejor color.
Al viento las campanas
dirán que ya eres mía
y locas las fontanas
me contarán tu amor.
La noche que me quieras
desde el azul del cielo,
las estrellas celosas
nos mirarán pasar
y un rayo misterioso
hará nido en tu pelo,
luciérnaga curiosa
que verá... ¡que eres mi consuelo..!

El día que me quieras
no habrá más que armonías,
será clara la aurora
y alegre el manantial.
Traerá quieta la brisa
rumor de melodías
y nos darán las fuentes
su canto de cristal.
El día que me quieras
endulzará sus cuerdas
el pájaro cantor,
florecerá la vida,
no existirá el dolor...

La noche que me quieras
desde el azul del cielo,
las estrellas celosas
nos mirarán pasar
y un rayo misterioso
hará nido en tu pelo,
luciérnaga curiosa
que verá... ¡que eres mi consuelo!

SOLEDAD

Soledad,
fue una noche sin estrellas
cuando al irte me dejaste
tanta pena y tanto mal.
Soledad desde el día
en que te fuiste
en el pueblo solo existe
un silencio conventual.

Soledad,
los arroyos están secos,
en las calles hay mil ecos
que te gritan sin cesar

Soledad vuelve ya
a quitar con tus canciones para siempre los crespones
que ensombrecen
en mi soledad

Soledad vuelve ya
vuelve ya mi soledad.

LOS HERMANOS

Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar,
en el valle, la montaña,
en la pampa y en el mar.

Cada cual con sus trabajos,
con sus sueños cada cual,
con la esperanza delante,
con los recuerdos, detrás.

Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar.

Gente de mano caliente
por eso de la amistad,
con un rezo pa' rezarlo,
con un llanto pa' llorar.*

Con un horizonte abierto,
que siempre está más allá,
y esa fuerza pa' buscarlo
con tesón y voluntad.

Cuando parece más cerca
es cuando se aleja más.
Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar.

Y así seguimos andando
curtidos de soledad,
nos perdemos por el mundo,
nos volvemos a encontrar.

Y así nos reconocemos
por el lejano mirar,
por las coplas que
mordemos,
semillas de inmensidad.

Y así seguimos andando
curtidos de soledad,
y en nosotros nuestros
muertos
pa' que naide quede atrás.**

Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar,
y una novia muy hermosa***
que se llama libertad.

NOSTALGIAS

Quiero emborrachar mi corazón
para apagar un loco amor
que más que amor es un sufrir...
Y aquí vengo para eso,
a borrar antiguos besos
en los besos de otras bocas...
Si su amor fue "flor de un día"
¿por qué causa es siempre mía
esa cruel preocupación?
Quiero por los dos mi copa alzar
para olvidar mi obstinación
y más la vuelvo a recordar.

Nostalgias
de escuchar su risa loca
y sentir junto a mi boca
como un fuego su respiración.
Angustia
de sentirme abandonado
y pensar que otro a su lado
pronto... pronto le hablará de amor...
¡Hermano!
Yo no quiero rebajarme,
ni pedirle, ni llorarle,
ni decirle que no puedo más vivir...
Desde mi triste soledad veré caer
las rosas muertas de mi juventud.

Gime, bandoneón, tu tango gris,
quizá a ti te hiera igual
algún amor sentimental...
Llora mi alma de fantoche
sola y triste en esta noche,
noche negra y sin estrellas...
Si las copas traen consuelo
aquí estoy con mi desvelo
para ahogarlos de una vez...
Quiero emborrachar mi corazón
para después poder brindar
"por los fracasos del amor"...

TOMO Y OBLIGO

Tomo y obligo, mándese un trago,
que hoy necesito el recuerdo matar;
sin un amigo lejos del pago
quiero en su pecho mi pena volcar.
Beba conmigo, y si se empaña
de vez en cuando mi voz al cantar,
no es que la llore porque me engaña,
yo sé que un hombre no debe llorar.

Si los pastos conversaran, esta pampa le diría
de qué modo la quería, con qué fiebre la adoré.
Cuántas veces de rodillas, tembloroso, yo me he hincado
bajo el árbol deshojado donde un día la besé.
Y hoy al verla envilecida y a otros brazos entregada,
fue para mí una puñalada y de celos me cegué,
y le juro, todavía no consigo convencerme
cómo pude contenerme y ahí nomás no la maté.

Tomo y obligo, mándese un trago;
de las mujeres mejor no hay que hablar,
todas, amigo, dan muy mal pago
y hoy mi experiencia lo puede afirmar.
Siga un consejo, no se enamore
y si una vuelta le toca hociar,
fuerza, canejito, sufra y no llore
que un hombre macho no debe llorar.

SUS OJOS SE CERRARON

Sus ojos se cerraron...
y el mundo sigue andando,
su boca que era mía
ya no me besa más,
se apagaron los ecos
de su reír sonoro
y es cruel este silencio
que me hace tanto mal.
Fue mía la piadosa
dulzura de sus manos
que dieron a mis penas
caricias de bondad,
y ahora yo la evoco
hundido en mi quebranto,
las lágrimas pensadas
se niegan a brotar,
y no tengo el consuelo
de poder llorar.

¡Por qué sus alas tan cruel
quemó la vida!
¡Por qué esta mueca
siniestra de la suerte!
Quise abrigo y más pudo
la muerte,
¡Cómo me duele y se ahonda
mi herida!
Yo sé que ahora vendrán
caras extrañas
con su limosna de alivio a
mi tormento.

Todo es mentira, mentira es
el lamento.
¡Hoy está solo mi corazón!

Como perros de presa
las penas traicioneras
celando mi cariño
galopaban detrás,
y escondida en las aguas
de su mirada buena
la suerte agazapada
marcaba su compás.
En vano yo alentaba
febril una esperanza.
Clavó en mi carne viva
sus garras el dolor;
y mientras en las calles
en loca algarabía
el carnaval del mundo
gozaba y se reía,
burlándose el destino
me robó su amor.

YOUKALI

Al fin de casi todo,
mi barca vagabunda
mecida por las olas
con fuerza me arrastró

la isla misteriosa
la que soñamos todos
parece que te invita
a entrar en su interior.

Youkali es el país que alguien soñó
Youkali es donde se inventó el color
Youkali en sus fronteras se detuvo el dolor
la oscuridad el rayo de luz
la estrella a seguir
Youkali.

Es lo mejor que guardamos en el corazón
la libertad que soñaste tanto acariciar.

Es tan real, como soñar.
No existe tal, Youkali.

Está tan real, como soñar.
No existe tal Youlaki.

Youkali es el país que alguien soñó
Youkali es donde se inventó el color
Youkali en sus fronteras se detuvo el dolor
en la oscuridad el rayo de luz
la estrella a seguir
Youkali.

Es lo mejor que guardamos en el corazón
la libertad que soñaste tanto acariciar.

Es tan real, como soñar.
No existe tal, Youkali.

EN ESTA TARDE GRIS

¡Qué ganas de llorar en esta tarde gris!
En su repiquetear la lluvia habla de ti...
Remordimiento de saber
que por mi culpa, nunca,
vida, nunca te veré.

Mis ojos al cerrar te ven igual que ayer,
temblando, al implorar de nuevo mi querer...
¡Y hoy es tu voz que vuelve a mí
en esta tarde gris!

Ven
—triste me decías—,
que en esta soledad
no puede más el alma mía...

Ven
y apiádate de mi dolor,
que estoy cansada de llorarte,
sufrir y esperarte
y hablar siempre a solas
con mi corazón.

Ven,
pues te quiero tanto,
que si no vienes hoy
voy a quedar ahogada en llanto...
No,
no puede ser que viva así,
con este amor clavado en mí
como una maldición.

No supe comprender tu desesperación
y alegre me alejé en alas de otro amor...
¡Qué solo y triste me encontré
cuando me vi tan lejos
y mi engaño comprobé!

Mis ojos al cerrar te ven igual que ayer,
temblando, al implorar de nuevo mi querer...
¡Y hoy es tu voz que sangra en mí,
en esta tarde gris!

ALFONSINA Y EL MAR

Por la blanda arena
Que lame el mar
Su pequeña huella
No vuelve más
Un sendero solo
De pena y silencio llegó
Hasta el agua profunda
Un sendero solo
De penas mudas llegó
Hasta la espuma.
Sabe Dios qué angustia
Te acompañó
Qué dolores viejos
Calló tu voz
Para recostarte
Arrullada en el canto
De las caracolas marinas
La canción que canta
En el fondo oscuro del mar
La caracola.
Te vas Alfonsina
Con tu soledad
¿Qué poemas nuevos
Fuiste a buscar?
Una voz antigua
De viento y de sal
Te requiebra el alma
Y la está llevando
Y te vas hacia allá
Como en sueños
Dormida, Alfonsina
Vestida de mar.

Cinco sirenitas
Te llevarán
Por caminos de algas
Y de coral
Y fosforescentes
Caballos marinos harán
Una ronda a tu lado
Y los habitantes
Del agua van a jugar
Pronto a tu lado.
Bájame la lámpara
Un poco más
Déjame que duerma
Nodriz, en paz
Y si llama él
No le digas que estoy
Dile que Alfonsina no vuelve
Y si llama él
No le digas nunca que estoy
Di que me he ido.
Te vas Alfonsina
Con tu soledad
¿Qué poemas nuevos
Fuiste a buscar?
Una voz antigua
De viento y de sal
Te requiebra el alma
Y la está llevando
Y te vas hacia allá
Como en sueños
Dormida, Alfonsina
Vestida de mar.

1. Garganta con arena (Tango canción) - Cacho Castaña

Voz	Diego El Cigala
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"
Guitarra	Diego del Morao
Contrabajo	Yelsy Heredia
Percusión	Sabú Porrina

2. Las cuarenta (Tango) - Roberto Grela y Francisco Gorrindo

Voz	Diego El Cigala
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"
Guitarra	Diego del Morao
Contrabajo	Yelsy Heredia
Percusión	Sabú Porrina

3. El día que me quieras (Tango canción) - Carlos Gardel y Alfredo Le Pera

Voz	Diego El Cigala
Guitarra	Juanjo Domínguez
Contrabajo	Yelsy Heredia
Percusión	Sabú Porrina

4. Soledad (Tango Canción) - Enrique Fabregat Jodar

Voz	Diego El Cigala
Guitarra	Juanjo Domínguez

5. Los hermanos (Milonga) - Atahualpa Yupanqui

Voz	Diego El Cigala
Voz	Andrés Calamaro
Guitarra	Juanjo Domínguez
Contrabajo	Yelsy Heredia

6. Nostalgias (Tango) - Juan Carlos Cobián y Enrique Cadícamo

Voz	Diego El Cigala
Guitarra	Diego del Morao
Contrabajo	Yelsy Heredia
Percusión	Sabú Porrina

7. Tomo y obligo (Tango) - Carlos Gardel y Manuel Romero

Voz	Diego El Cigala
Bandoneón	Néstor Marconi
Violín	Pablo Agri
Violonchelo	Diego Sánchez
Contrabajo	Yelsy Heredia
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"
Guitarra	Diego del Morao
Percusión	Sabú Porrina

8. Sus ojos se cerraron (Tango) - Carlos Gardel y Alfredo Le Pera

Voz	Diego El Cigala
Bandoneón	Néstor Marconi
Violín	Pablo Agri
Violonchelo	Diego Sánchez
Contrabajo	Yelsy Heredia
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"
Percusión	Sabú Porrina

9. Youkali (Tango habanera) - Kurt Weill

Voz	Diego El Cigala
Bandoneón	Néstor Marconi
Violín	Pablo Agri
Violonchelo	Diego Sánchez
Contrabajo	Yelsy Heredia
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"
Guitarra	Diego el Morao
Percusión	Sabú Porrina

10. En esta tarde gris (Tango) - Mariano Mores y José María Contursi

Voz	Diego El Cigala
Bandoneón	Néstor Marconi
Violín	Pablo Agri
Violonchelo	Diego Sánchez
Contrabajo	Yelsy Heredia

11. Alfonsina y el mar (Zamba) - Ariel Ramírez y Félix Luna

Voz	Diego El Cigala
Bandoneón	Néstor Marconi
Violín	Pablo Agri
Violonchelo	Diego Sánchez
Contrabajo	Yelsy Heredia
Percusión	Sabú Porrina
Piano	Jaime Calabuch "Jumitus"

Producido por Cigala Music, SL

www.elcigala.com info@elcigala.com

Productor musical: Ramón Jiménez Salazar
 Directora de producción: Amparo Fernández
 Andrés Calamaro cortesía de Warner Spain
 Grabado en directo en el teatro Gran Rex de Buenos Aires
 Técnico de sala: Álvaro Mata
 Técnico de monitores: Guido Nisenson
 Técnico de grabación: Norberto Hegoburu
 Asistentes de grabación: Rolando Obregón y Santiago Mc Carth
 Técnico de mezclas: Álvaro Mata
 Mezclado en Mirador Sound
 Masterizado por Juan Hidalgo en MasterTips estudios



El Cigala interpretando un tema en el concierto ofrecido en La Plata (Buenos Aires).

AGRADECIMENTOS

A Andrés Calamaro, anfitrión, amigo, somelier y hermano, gracias por toda la generosidad que has volcado en este proyecto.

A Néstor Marconi, Juanjo Domínguez, Pablo Agri y Diego Sánchez.

A Jorge Fernández Díaz y Leo Tarifeño por involucrarse y compartir con nosotros esta aventura.

A Claudio Divella, Nico, Natali y toda la gente de CineMágica.

A Juan Luis Cebrián, Jesús Ceberio, José Ángel García Olea, Ignacio Quintana, Juan Cruz, José Manuel Gómez Bravo, Víctor Arbaizar y su amigo oftalmólogo, Juan Cantón, Cristina de Diego, Rebeca Alonso y toda la gente de EL PAÍS y Gran Vía Musical involucrada en el proyecto.

A Jesús Lumbreras, Luis Francisco García, Federico Ortega, Janette Bleeker y toda la gente de nuestra oficina.

Al Festival de Otoño de Buenos Aires, al teatro Gran Rex, Alberto Cordero, Silvia Errea, Pablo Menéndez de Contemporanea Live, Enzo Cuenca, Karina Barrozo y toda la gente del teatro.

A Ivonne, Valeria, Juan, Lucas, Leti, Fernando, y a todos los que formasteis parte de la familia de Corrientes 938.

Y a todos los que aunque no he nombrado han colaborado con este proyecto.

Quiero pedir disculpas a los autores de estas obras de arte que he interpretado por las pequeñas licencias y confusiones que pueda haber en los textos, se deben al rigor del directo y con ellas he pagado mi atrevimiento al grabar en vivo este proyecto en su estado más primigenio sin haberlo rodado antes en gira.

Diego El Cigala

